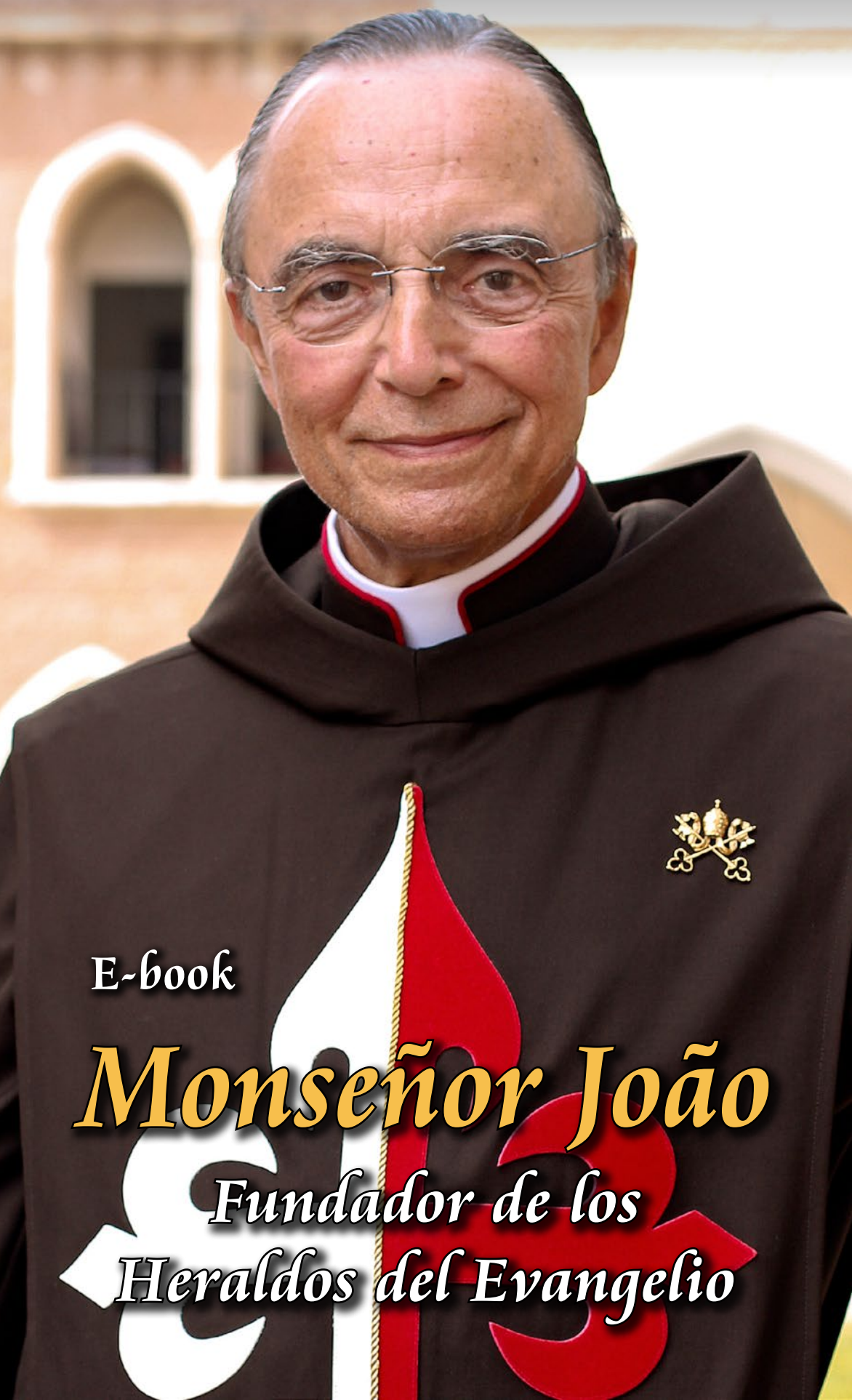


*HERALDOS DEL
EVANGELIO*



E-book

Monseñor João

*Fundador de los
Heraldos del Evangelio*

ÍNDICE

¿CUÁL ES EL ORIGEN DEL CARISMA DE LOS HERALDOS?	5
--	----------

MONSEÑOR JOÃO FUNDADOR DE LOS HERALDOS DEL EVANGELIO	9
---	----------

<i>1. Un regreso en el tiempo</i>	<i>9</i>
-----------------------------------	----------

<i>2. La historia de otro niño</i>	<i>12</i>
------------------------------------	-----------

<i>3. Un niño corriente, pero con una diferencia: su fe</i>	<i>17</i>
---	-----------

<i>4. Momentos de contemplación</i>	<i>19</i>
-------------------------------------	-----------

<i>5. Visitas inusuales...</i>	<i>23</i>
--------------------------------	-----------

<i>6. Confirmación y Primera Comunión: «¡Soy un sagrario!»</i>	<i>25</i>
--	-----------

<i>7. Conocer el mal y odiar el bien</i>	<i>28</i>
--	-----------

<i>8. Un encuentro místico</i>	<i>31</i>
--------------------------------	-----------

<i>9. El encuentro preparado por la Providencia</i>	<i>33</i>
---	-----------

<i>10. Descubriendo un mundo nuevo</i>	<i>36</i>
--	-----------

<i>11. Un encantador chal de color lila: la gracia de convivir con un alma santa como Doña Lucilia</i>	<i>38</i>
--	-----------

<i>12. El sueño de Plinio, la misión de Juan</i>	<i>41</i>
--	-----------

<i>13. Entrega total a la Santísima Virgen</i>	<i>43</i>
--	-----------

14. «Mater Boni Consilii»: la importancia de Genazzano en la vida de Mons. João	46
15. Música celestial	50
16. La despedida del maestro y padre espiritual	53
17. El preludio del triunfo del Inmaculado Corazón de María: la fundación de los Heraldos del Evangelio	58
18. «Alter Christus»: la vocación sacerdotal	63
19. Vida académica y condecoraciones	66
20. Producción literaria notable	70
21. Fondo Misericordia: obras de piedad	73
22. «Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo» (Eccl 3, 1)	75
23. La altísima misión de un fundador	78



¿CUÁL ES EL ORIGEN DEL CARISMA DE LOS HERALDOS?

Presente en setenta y ocho países, la Asociación Heraldos del Evangelio lleva cada día su misión evangelizadora a millones de personas, en varios idiomas y con una fuerte presencia en internet.

Además de su característico hábito, que puede considerarse el distintivo de esta Asociación Internacional Privada de Fieles de Derecho Pontificio, otro rasgo llamativo es la belleza de las iglesias construidas por los Heraldos, de estilo gótico, imponentes y muy armoniosas, con gran riqueza de detalles.

Al entrar en la mayor de sus basílicas o en la más pequeña de sus capillas, se percibe la misma pulcritud y sublimidad, capaces de deslumbrar incluso a los escépticos, y la impresión que se tiene es la de estar en un grandioso templo construido hace cientos de años. Sin embargo, esto no corresponde a la realidad, ¡porque la más antigua de sus iglesias ni siquiera tiene veinte años de existencia!

Detrás de la disciplina y el celo apostólico de sus miembros y de la belleza de las iglesias,

hay una causa, que está vinculada a un hombre enviado por Dios: Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de la institución, cuyo lema de vida es la instrucción dada por Jesús a sus discípulos: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15). Y su elección fue evangelizar a través de la belleza.

A principios de la década de 2000, cuando la propiedad donde se encuentra la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, en la diócesis de Bragança Paulista (São Paulo, Brasil), fue donada a los Heraldos, hubo que enfrentarse a lo imprevisto: se trataba de un terreno de topografía accidentada con un gran número de árboles que flanqueaban un inmenso claro, donde el antiguo propietario se dedicaba a la cría y doma de caballos... ¿Qué iban a hacer en aquel lugar?

Sin embargo, donde las miradas comunes



sólo veían hierba, piedras y matorrales, ¡los ojos de la fe veían una infinidad de posibilidades! Una basílica, una residencia para los religiosos, una gran biblioteca, un centro de convenciones y unos jardines encantadores ya existían en la men-



te de Mons. João, y hacerlos realidad era sólo cuestión de tiempo. Hoy, en todo su esplendor, la basílica sorprende, encanta y, como dicen muchas personas cuando la visitan: «¡Nos hace sentirnos más cerca del Cielo!».

Nacido el 15 de agosto de 1939, Mons. João es licenciado en Filosofía, Teología, Psicología y Humanidades. Es doctor en Derecho Canónico y fundador de tres instituciones de derecho pontificio. Destaca por su fe y determinación, y merece ser conocido por todos los católicos por el ejemplo de su vida, que refleja el poder de la gracia de Dios que le ha permitido luchar contra muchas adversidades y transformar un ideal en una obra portentosa, en la que una gran familia de almas se dedica a llevar adelante el anuncio del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo y el mensaje de la Santísima Virgen de Fátima.

En este libro digital, presentamos puntos relevantes de la historia de Mons. João, para que pueda conocer más de cerca las raíces espirituales y el carisma de los Heraldos del Evangelio.



MONSEÑOR JOÃO

FUNDADOR DE LOS HERALDOS DEL EVANGELIO

1. Un regreso en el tiempo

João Scognamiglio Clá Dias nació en São Paulo, el día de la solemnidad de la Asunción de María Santísima al Cielo, el 15 de agosto de 1939. Hijo del español Antonio Clá Díaz y de la italiana Annitta Scognami-

glio Clá Díaz, fue bautizado el 15 de junio del año siguiente en la iglesia de San José de Ipiranga, cercana a su residencia.



El pequeño
João Clá



Iglesia de San José



Hijo único de aquel matrimonio, el pequeño João, además del afecto de sus padres, recibió de ellos un gran tesoro: su piadosa formación católica. Los recuerdos de estas enseñanzas son tan vívidos que cita como uno de sus recuerdos más preciados el de una adoración al Santísimo Sacramento, en la Ca-

pilla de Nuestra Señora de los Dolores, cuando apenas tenía cinco años.

Recuerda aquel día lejano como la primera vez que, de hecho, quedó encantado con el misterio de la Sagrada Eucaristía. Inexplicablemente atraído por aquella hostia, cuyo significado aún no lograba entender a su corta edad, sintió una gran fascinación por aquel ambiente de sacralidad y recogimiento, y tuvo la certeza de estar en la presencia de Dios.

Más tarde diría que, en aquel momento, había sentido una gran necesidad de ser bueno, porque ésa era la voluntad de Dios. De allí nació la devoción eucarística que lo acompañaría durante toda su vida.

La Confirmación, realizada el 26 de enero de 1948, y la Primera Comunión, el 31 de octubre del mismo año, fueron nuevos hitos en la vida del pequeño João, quien, desde muy temprano, escuchó en su corazón la llamada de Dios y de la Santísima Virgen, lo que lo convertía en un niño diferente de otros de su misma edad.

Atraído más por las cosas de Dios que por los juegos infantiles, seguía, sin embargo, participando y disfrutando de ellos, porque sabía que a todo se le puede dar un sentido más elevado, incluso al juego.

2. La historia de otro niño

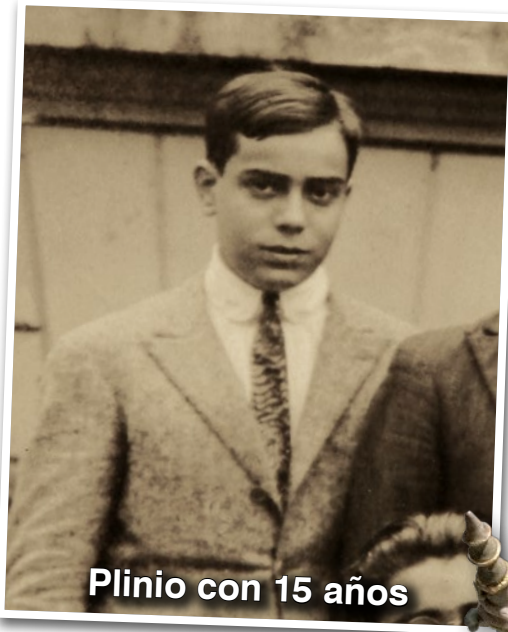
Antes de continuar narrando la trayectoria de Mons. João, hay que hablar de otro niño, que también nació en São Paulo, mucho antes que él, el 13 de diciembre de 1908: Plinio Corrêa de Oliveira.

Es importante que hagamos este paréntesis, porque los dos tenían algunas características en común: eran niños de buen comportamiento, obedientes a sus padres y con una fuerte atracción por lo sagrado, por el ambiente de la Iglesia, por las cosas de Dios.

Plinio, desde muy pequeño, desarrolló una relación íntima con el Sagrado Corazón de Jesús y comprendió que su misión en la



**Plinio Corrêa de
Oliveira con 2 años**



Plinio con 15 años

vida estaba vinculada a preservar la pureza y los valores de la Iglesia, lo que lo llevó, en su juventud, a presidir la Junta Archidiecésana de la Acción Católica y a fundar la Acción Universitaria Católica, en la Facultad de Derecho de São Paulo, además de tener un importante papel en la prensa católica, escribiendo para los periódicos *O Legionário*, *Catolicismo* y *Folha de S. Paulo*. Dedicaría buena parte de su vida a la formación espiritual de muchos jóvenes, ansiando fundar una orden religiosa con el objetivo de luchar por Dios



y por la Iglesia, para que fuese amada y venerada en todo el mundo.

Son muchas las personas que descubren su vocación o escuchan una llamada de Dios en su juventud e incluso en la edad adulta, sin embargo, también hay quienes son elegidos por Dios desde su niñez, sienten deseos diferentes y desarrollan sus ideales de futuro en torno a la Fe católica.

A pesar de haber nacido con tres décadas de diferencia en el tiempo, este punto de similitud los llevaría, en un momento dado, a compartir sus destinos y cumplir sus vocaciones. En la base de este encuentro estaría la profunda fe y la intimidad de ambos con la Santísima Virgen.

Por su parte, el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira —líder católico que marcó el siglo xx de punta a punta con el brillo de su fe y su



Dr. Plinio y Mons. João



Algunos miembros del grupo formado por el Dr. Plinio. Destacado, Mons. João.

intrépida militancia en favor de los ideales de la Santa Iglesia— había concebido, desde niño, la constitución de una orden religiosa de caballería, destinada a trabajar con la opinión pública para reformarla.

En 1928, habiéndose unido al Movimiento Católico como congregante mariano, reunió allí a un grupo de amigos, pero le faltaba una mano derecha que, compartiendo sus pensamientos, ejecutara sus planes por completo.

Años más tarde, en una carta a Mons. João Clá, escribió esto, recordando las dificultades de aquel período de aislamiento:

Recuerde aquella súplica que se cantaba en la Congregación Mariana: *«Da pacem, Domine, in diebus nostris, quia non est allius qui pugnât*

pro nobis nisi Tu, Deus noster — Da la paz, Señor, en nuestros días, porque no hay nadie que luche por nosotros, a no ser Tú, *Dios nuestro*». ¡Cuántas y cuántas veces he rezado así! Para que la Virgen María me diera paz en mis días, porque no había nadie que luchara por mí sino *Deus noster*, por tanto, la Santísima Virgen. Más tarde, me dio a João, ¡que ha luchado tanto por mí!

El Dr. Plinio se convirtió en el formador de la mentalidad de Mons. João Clá y, con su atrayente influencia, también le ayudó a perseverar con valentía en las santas determinaciones que había tomado.

Fue gracias a la lógica de las maravillosas exposiciones del Dr. Plinio, a la claridad de su pensamiento y, sobre todo, al agradable aroma de su inocencia, que Mons. João Clá decidió abandonarlo todo y a todos para servir mejor a Dios, bajo su guía y consejo.

Fueron cuarenta años junto a aquel hombre repleto de vida sobrenatural, nobleza de alma, elevación de espíritu, celo por la Iglesia y por la sociedad, dentro de una completa veneración por todas y cada una de las jerarquías; en particular, una casi adoración por el Papado.



Mons. João con unos 7 años

3. Un niño corriente, pero con una diferencia: su fe

Cuando analizamos la infancia de Mons. João a partir de sus recuerdos, que siempre tuvo el gusto de transmitir a sus hijos espirituales, no encontramos casi nada que, en apariencia, lo diferenciase mucho de los niños de su época.

Desde la escuela primaria hasta el final de la secundaria, Mons. João Clá siempre se distinguió como el primer alumno de su clase, demostrando una especial aptitud para las Matemáticas y las Artes, aunque también fue un excelente alumno de Lengua Portuguesa, destacándose especialmente en sus redaccio-

nes, que ya revelaban su brillante futuro como escritor y orador.

Sin embargo, fueron las clases de Catecismo y las narraciones de la Historia Sagrada las que constituyeron su encanto. Monseñor vio en ello el sentido de la vida y, en ocasiones, incluso se preguntó por qué las clases de religión no ocupaban un mayor espacio en la educación de los niños, ya que proporcionaban un sentido práctico a la vida y a la formación moral de quienes se preparaban para seguir sus carreras en las más diversas áreas de actuación.

Formó parte de las Congregaciones Marianas y, el día 23 de mayo de 1956, por invitación de un profesor, ingresó en la Tercera Orden del Carmen, de los padres carmelitas de la antigua observancia, hecho que iba a marcar indeleblemente su vida, mostrándole la dirección que debería seguir.

Después de terminar la escuela secundaria, el joven João Clá ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de São Paulo (USP), la tradicional Facultad del Largo San Francisco. Durante sus estudios superiores, se destacó como un activo líder universitario católico, en los años convulsos que precedieron a la revolución de la Sorbona, de mayo de 1968.

En primer lugar, vamos a repasar algunos hechos destacables de los primeros años de su vida.

4. Momentos de contemplación

Una de las primeras cosas de las que el pequeño João tomó conciencia fue del amor que Nuestra Señora le tenía. En varias ocasiones narra el entusiasmo que siempre sintió hacia la Santísima Virgen. Cuenta que, aunque su madre, Annitta, se manifestaba muy amorosa con él, quizá un día podría llegar a desconfiar de su amor, si es que eso fuese posible, pero que, en relación con la Virgen Santísima, nunca desconfiaría de su amor. Es un don gratuito que le fue atribuido por la gracia desde la infancia.

Era un verdadero amor correspondido. Amaba a Nuestra Señora, pero lo que más recuerda es la forma en la que, desde el momento en que tomó conciencia de sí mismo, se sintió



Mons. João en 1953



amado por Ella. Una certeza que lo acompañaría durante toda su vida, como el eje de su existencia, que lo fortalecería enormemente en el cumplimiento de su misión de acercar las almas al redil de Jesucristo, nuestro Señor.

Mons. João afirma que siempre tuvo muy presente el amor de Dios, pero que ese amor divino siempre le llegó a través del amor de María. Sentirse amado por Ella era el modo más legítimo de sentirse amado, formando parte y completamente integrado en la Santísima Trinidad.

En el primer volumen de su obra *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*,¹ afirma que uno de los primeros re-

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres – Mis relaciones con María Santísima*. Madrid: Asociación Salvadme Reina de Fátima, 2022, vol. I.

galos que Nuestra Señora le hizo fue concederle un espíritu de admiración. Desde los inicios del uso de razón tuvo una especial fascinación por la armonía del universo, es decir, por la relación ordenada entre los diferentes seres creados, como reflejo de la gran armonía que debía existir en el paraíso terrenal.

En particular, cuando era niño, se sentía atraído por la majestuosa armonía del firmamento. En las noches serenas del viejo São Paulo, hacia 1945, cuando no tenía más de seis años, se retiraba a su habitación en la parte trasera de la casa, ubicada en la Rua dos Sorocabanos, en el barrio de Ipiranga, en São Paulo, la capital. Al notar la luz apagada, sus padres pensaban que estaba descansando; sin embargo, a menudo padecía «insomnios».

Esperaba, entonces, que reinara la calma en casa, para no preocupar a su familia, y se levantaba de la cama. Abría la ventana y, sentándose en el alféizar, contemplaba la luna y el cielo estrellado. La tímida iluminación de la ciudad no llegaba a turbar la vista del cielo, todavía limpio de contaminación. Así, rompiendo la intensa negrura, las estrellas brillaban en abundancia. Al observarlas, pensaba en la enorme distancia que separa la tierra de aquellas estrellas, miles de veces más grandes que nuestro planeta y dotadas de luz propia.



Todo hablaba de misterio... ¡Más aún tratándose de un niño! La contemplación silenciosa duraba una, dos, tres horas... Y, con el tiempo, las constelaciones cambiaban de posición, alterando la configuración de la bóveda celeste. Como aún desconocía el movimiento de rotación de la tierra, el niño imaginó que las estrellas habían «caminado», lo que le llevó a exclamar: «¡Con qué lentitud y elegancia se mueven! Cuánto me gustaría estar en una de ellas...».

Luego se preguntaba impresionado: «¿Cómo funciona todo eso? ¿Cómo se ordena? ¡Qué poder debe haber detrás del “caminar” de las estrellas!». Y, lleno de alegría, concluía: «Qué grande es el universo... ¡Qué grande es Dios!». También surgía un problema: «¿Dónde estará el Cielo de los Ángeles

y de los Santos? ¿Quedaré por detrás de las estrellas?».

5. *Visitas inusuales...*

En la vida de cualquier niño, recibir visitas en casa es siempre una ocasión de relajación y alegría, especialmente para un niño que no tiene hermanos. Así, estar con sus primos compensaba, en parte, la falta de convivencia con niños de su edad.

Resulta que, entre los visitantes que de vez en cuando pasaban por la residencia de la familia Scognamiglio Clá Dias, algunos eran bastante inusuales, ya que no venían de otro barrio ni de otra ciudad, ¡sino del otro mundo!

¡Eso mismo! Desde los tres años, el pequeño João fue agraciado por Dios con visitas muy peculiares: dos almas del Purgatorio que lo visitaban diariamente. Este episodio, sin duda, fue el camino encontrado por Dios para preparar a aquel niño para la misión que



le estaba reservada y, para la cual, era imprescindible tener un espíritu abierto a las realidades sobrenaturales.

Monseñor dice que desarrolló la costumbre de jugar debajo de la mesa del comedor y que era allí donde aparecían sus «visitantes». No eran claramente definidos sus rasgos, pero sus ojos sí. Los describe como grandes, muy abiertos y con las pupilas dilatadas.

En varias ocasiones, esas figuras también hablaron con él verbalmente, invitándolo a ir con ellas: «¡Ven con nosotros! ¡Ven con nosotros!». Como es natural en cualquier ser humano, su emoción básica en aquellas ocasiones fue de miedo, aunque también estuvo presente, en menor medida, la curiosidad. Si bien no quería hacer caso de las voces de aquellas «personas» que lo seguían por los pasillos de la casa llamándole, se sentía impulsado a hacerlo y caminar hacia ellas, hasta que las vio salir por una ventana que estaba siempre abierta. Luego volvía corriendo a meterse debajo de la mesa, en un intento de esconderse de ellas.

Este hecho se repitió durante tres años y, sólo mucho después, al conocer la doctrina sobre el Purgatorio, se dio cuenta de que probablemente eran almas necesitadas de oración, y comenzó a rezar por ellas.

Fue relativamente tarde cuando João empezó a hablar, y no sabía cómo expresar a su madre lo que le estaba pasando, así que se guardó esa experiencia sólo para él, pues sabía que aquello no era una cosa normal. Pero Dios quiso demostrarle que aquellas apariciones eran reales, para que se le quedasen bien grabadas y, más tarde, cuando llegase al pleno uso de razón, no pudiera confundirlo con fenómenos de la imaginación.

Cierto día, cuando ya no había vuelto a ver las «apariciones», entró en casa y encontró a su madre y a su abuela paterna abrazadas, llorando y gritando. Cuando preguntó qué había pasado, le dijeron, señalando a la pared, que habían visto allí «un fantasma horrible». Sonrió para sus adentros y se dijo: «¡Si supieran lo que yo ya he visto aquí!».

6. Confirmación y Primera Comunión: «¡Soy un sagrario!»

Durante la infancia de Mons. João, la Confirmación se hacía pronto, antes de la Primera Comunión. Y fue el 26 de enero de 1948, antes de cumplir los nueve años, cuando recibió este importante Sacramento, de manos del arzobispo de São Paulo, en la misma iglesia donde había sido bautizado. Allí comenzó una nueva etapa de su vida espiritual: la relación con San José, esposo virginal de María,



elegido para cumplir el papel de padre del Hijo de Dios.

En esa misma iglesia, tan querida por Mons. João, haría su primera Confesión y recibiría la Primera Comunión el día 31 de octubre de 1948.

El período preparatorio de la catequesis fue una de las etapas más llenas de bendiciones de la vida de Mons. João, un tiempo repleto de las más dulces expectativas.

Él esperaba no sólo que llegase el supremo momento de recibir la Comunión, sino también el día tan especial de su primera Confesión, cuando podría hablar con Dios cara a cara, porque nunca dudó de que Dios estaría realmente presente en el confesionario, en la persona del sacerdote que lo escucharía y, en

nombre de Dios, le daría la absolución de sus pecados.

Monseñor recuerda que, en el momento en que el ministro levantó la mano y, haciendo la señal de la cruz, pronunció la fórmula de la absolución, le invadió un extraordinario bienestar interior y la sensación de que su alma estaba completamente limpia, lista para recibir al Rey de reyes. Salió de la iglesia contentísimo, pero muy vigilante, para que ninguna falta, por pequeña que fuera, le llevase a comulgar de forma menos digna al día siguiente.

Recordando este hecho, siempre ha destacado que ése fue uno de los días más felices de su existencia, y que todo dentro de esa iglesia, cada detalle, cada oración, cada nota musical, cada rastro de sacralidad le hacían sentirse como si estuviera en la «antecámara del Cielo».

Al recibir la sagrada hostia de manos del sacerdote, exclamó interiormente: «¡Dios está en mí! ¡Soy un sagrario!».

Sintió un profundo sentimiento de arroboamiento que le llevó a pasar el día en silencio, sin jugar ni hacer nada más, simplemente disfrutando de la presencia de Jesús. Sólo al caer la noche accedió a quitarse su hermoso traje de Primera Comunión y, antes de acostarse,

se quedó contempéndolo y entendió que si se había vestido tan bien en ese día era para honrar a Nuestro Señor, y que hasta el final de su vida siempre daría lo mejor para Él.

7. Conocer el mal y odiar el bien

Uno de los grandes fracasos de quien es bueno es ignorar la existencia del mal, exponiéndose al mundo con la inocente ilusión de que todos son buenos. Con la protección de la Santísima Virgen, el pequeño João fue alejado muy pronto de esta falsa ilusión sobre la bondad humana. Poco a poco João fue constatando que no todas aquellas personas con las que se relacionaba tenían el alma abierta a las alegrías inocentes de la virtud y de lo sobrenatural, que tanto le habían atraído desde su tierna infancia.

Por el contrario, en el trato con algunos parientes, vecinos y compañeros, muchas veces el jovencito tuvo que toparse con el gusto por la agitación, la brutalidad, el odio al bien y al orden.

Entre los innumerables hechos que podrían ser narrados aquí, hay uno que parece ser el más significativo, ya que constituyó un hito en aquel período de su vida y le ayudó a no perder de vista el hecho de que, a causa del pecado original, los seres humanos llevan en sí mismos un rasgo indeleble de maldad y, en algunos, este rasgo tiene una fuerte

preponderancia sobre todo lo que podría ser bueno. De este modo, aunque siempre intentó encontrar el bien dentro de cada persona, nunca dejó de darse cuenta de que el mal podría estar acechando en las sombras de las almas.

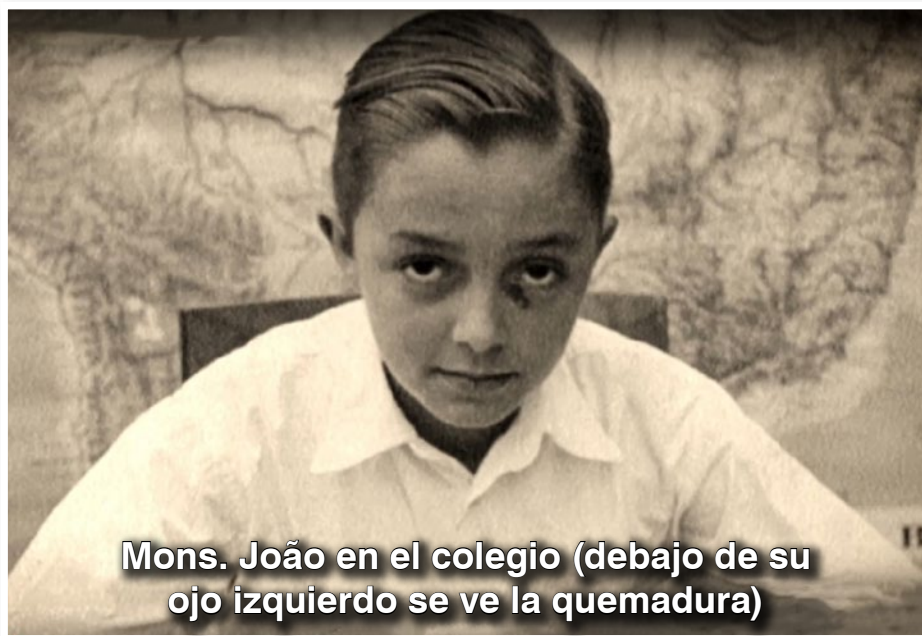
En 1953, João estaba caminando por las calles del barrio de Ipiranga, cuando se encontró con un conocido que tenía sólo siete años y estaba fumando. Esta escena hirió su sentido moral y le dijo indignado:

—¿Qué haces? ¡¿Estás fumando?!

Como respuesta, el niño se limitó a hacer un gesto de desafío con el humo que se desprendía del cigarrillo. João se aproximó más y, para hacerle sentir lo malo que era eso que estaba haciendo, le replicó:

—Se lo voy a decir a tu padre.

Entonces el pequeño se puso las manos hacia atrás, sostuvo el cigarrillo con la punta



Mons. João en el colegio (debajo de su ojo izquierdo se ve la quemadura)

encendida hacia arriba y, acto seguido, avanzó sobre João con la intención de quemarle un ojo. Como el agredido consiguió esquivarse, la brasa sólo le alcanzó en el párpado inferior del ojo izquierdo.

La maldad deliberada y agresiva de aquel niño, sumada a todo lo que ya había tenido que presenciar anteriormente, lo llevó a concluir con San Juan Evangelista: «El mundo entero yace en poder del maligno» (1 Jn 5, 19). Y, en consecuencia, formó en su espíritu, como un esbozo, la noción de que existía una lucha entre el bien y el mal, una contraposición entre este mundo perdido y otro constituido por buenas personas que, aunque no las conociera, sabía que debían existir en algún lugar y a quienes deseaba unirse.

Él ya había conocido a Dios. Allí comenzó su búsqueda de otros que, como él, tomaran, deliberadamente y mediante una recta disposición de espíritu, la elección irrevocable del bien. Comenzó a sentir, sobre todo, la necesidad de encontrar a alguien que le guiara por los caminos del bien, ya que veía, incluso en algunos miembros del clero, una cierta relajación que no era coherente con la función eclesiástica.

El comienzo de su adolescencia estuvo, por tanto, marcado por el impacto del contacto con la decadencia moral y la vulgaridad

que ya prevalecían en la sociedad de aquella época. Anhelaba encontrar y poder vivir de acuerdo con la armonía que vio en las estrellas celestiales en su infancia. Incluso pensó en estudiar medicina para ayudar a aliviar el dolor de las personas. En aquel momento todavía no sabía que, sostenido por la gracia de Dios, llegaría a ser médico, no un médico acostumbrado a curar enfermedades del cuerpo, sino un médico que se ocuparía de los males del alma, que ya aquejaban y comenzarían a afligir aún más a las personas, superando incluso el dolor físico, porque para el dolor espiritual sólo existe un remedio, que muchos se niegan a tomar: la verdadera religión.

8. Un encuentro místico



A medida que crecía y maduraba, algo muy especial sucedía dentro de él. Aunque se sentía muy bien comulgando y hablando con Dios en sus constantes oraciones, sentía la falta de una persona de carne y hueso que

pudiese orientarlo, enseñarle las cosas que aún no sabía y guiarle por los caminos del bien.

Tal persona existía y él lo presentía, aunque no sabía dónde ni cómo encontrarla. Pero esa persona, a la que se entregaría como a un padre, estaba en su camino y, tarde o temprano, la encontraría, fuera de los límites de su pensamiento.

Todas las noches se arrodillaba a los pies de la cama, a veces llorando, y rezaba treinta, cuarenta Avemarías, pidiendo a Nuestra Señora

que pusiera a esta buena persona en su camino. Entonces, algo singular empezó a suceder.

En el transcurso de aquellas oraciones, recitadas con gran ardor y confianza, llegó a vislumbrar en varias ocasiones la silueta de una persona corpulenta, fuerte y majestuosa, vestida con un hábito y con una capa beige. Y aunque no llegaba distinguir sus rasgos fisonómicos, comprendía que se trataba del hombre que estaba esperando: el que iba a reformar

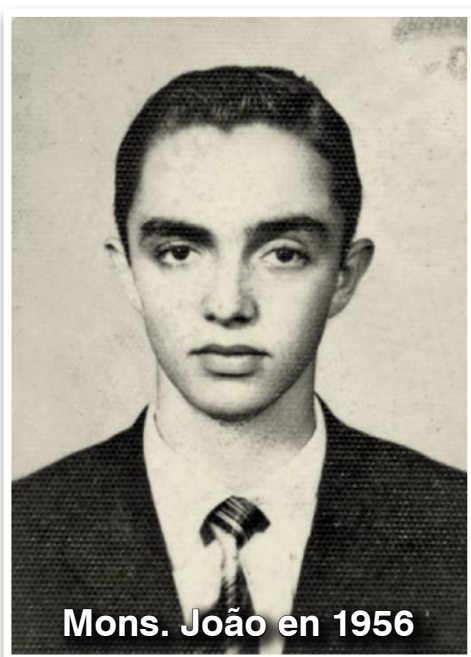


el mundo. Entonces, lleno de consolación, las lágrimas le corrían por el rostro. Así fue como pasaron dos años de oración insistente, pidiendo todas las noches que llegara el momento de conocer y servir a ese hombre.

9. El encuentro preparado por la Providencia

Un día, durante las clases en el Colegio Público Presidente Roosevelt, uno de los profesores sorprendió a los estudiantes con una pregunta inusual:

—¿Alguno de ustedes tiene dudas sobre la existencia del infierno?



Mons. João en 1956

Seis alumnos levantaron la mano, y el profesor añadió:

—Búsquenme después de la clase, que les voy a probar que el infierno existe.

Debido a que éste era uno de los temas de discusión con sus primos, João decidió ir también con aquellos compañeros incrédulos para escuchar la explicación.

El joven João se sintió profundamente conmovido y lleno de un nuevo arrobamiento



rezar el Rosario todos los días de su vida. Una costumbre que ha mantenido siempre.

Dos meses después, aquel profesor le invitó a participar en la novena a la Virgen de Carmen. Aceptó de inmediato, sin saber aún que, en esa iglesia, tendría el gran encuentro de su vida.

Era el día 7 de julio de 1956 y la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen estaba abarrotada de gente. Vio cómo entraba el cortejo,

por la Santa Iglesia después de todo lo que escuchó de aquel profesor. Al día siguiente hizo una confesión general, recibió la Sagrada Eucaristía y aprendió a rezar el Rosario. Fue en este día cuando decidió comulgar y



compuesto por trece miembros de la Tercera Orden del Carmen. Vestidos con el hábito propio, avanzaban de dos en dos. Al final de la procesión iba un hombre solo, a quien João inmediatamente reconoció: sereno e imponente, era el hombre corpulento cuya figura había contemplado durante sus oraciones. Estaba sorprendido. Era Plinio Corrêa de Oliveira, el hombre que iluminaría su camino.

Después de la Misa, el joven, en la lozanía de sus 17 años, fue presentado oficialmente a aquel imponente caballero, ya sin el hábito de la Tercera Orden del Carmen, pero investido de la misma santa autoridad y del mismo amor.

Allí se inició una nueva etapa en la vida espiritual de João, que iría siendo formado por aquel eminente pensador católico, hasta el momento en que se convertiría en su secretario personal, mano derecha y, más tarde, sucesor, para la realización del gran ideal de formar una orden religiosa a imagen de la antigua



**El Dr. Plinio y Mons João
en la década de 60**

caballería, que preservase la fe católica en todo su esplendor, defendiendo a la Santa Madre Iglesia de los ataques externos e internos que, según innumerables profecías, ella tendría que sufrir.

Así nacieron, de los deseos del Dr. Plinio y de la determinación de Mons. João, los Heraldos del Evangelio, destinados a proclamar las glorias de María y llevar adelante la Buena Nueva de Nuestro Señor Jesucristo, luchando siempre por la conservación de la fe.

10. Descubriendo un mundo nuevo

Entre los años 1957 y 1960, como primicias de las realizaciones apostólicas que de-



Mons. João durante el servicio militar

sarrollaría, Mons. João Clá ingresó en las Congregaciones Marianas. También fue admitido en la Tercera Orden del Carmen y se unió a las filas del movimiento católico fundado por el Dr. Plinio, convirtiéndose en su discípulo. Luego, complementando la entrega total de su vida a Dios, se consagró como esclavo de amor a la Santísima Virgen, según el

método de San Luis María Grignon de Montfort, por manos del Dr. Plinio Corrêa de Oliveira.

En 1958, fue llamado a realizar el servicio militar en la recién creada 7.^a Compañía de Guardias del Batallón de Infantería n.º 25, de



São Paulo. Allí destacó por su disciplina, voz de mando y capacidad militar, lo que le valió la concesión de la Medalla Mariscal Hermes da Fonseca, «*Praça mais distinta* — Plaza o guarnición más distinguida», entre los doscientos ocho reclutas incorporados aquel año.

Se le otorgó el diploma de Mención de Honor, por haber demostrado buen comportamiento durante su estancia en las filas del Ejército, trabajando en favor del nombre de la Unidad y logrando con su esfuerzo el alto concepto del que disfrutaba la 7.^a Compañía de Guardias.

Su gran descubrimiento fue lograr a unir perfectamente los ideales de la fe con la rectitud de la disciplina militar, creando así una forma de vida en común que pudiese agradar a Dios en todos los sentidos.

11. Un encantador chal de color lila: la gracia de convivir con un alma santa como Doña Lucilia

La madre del Dr. Plinio, Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira, que era una persona de una virtud excelente, fue para Mons. João Clá, según su propia expresión, «el ángel de la guarda» que le ayudó a comprender más profundamente la infinita misericordia del Sagrado Corazón de Jesús.

Para Monseñor, la personalidad de doña Lucilia, con su bondad, sencillez y profunda devoción al Sagrado Corazón de Jesús, estaba moldeada por el amor devoto que el Dr. Plinio demostraba sentir por ella y que no intentaba ocultar. Se podía ver la grandeza del alma de doña

Lucilia reflejada en los más pequeños gestos de su amado hijo.

Este amor tan grande e íntima relación despertó en el fiel discípulo del Dr. Plinio el deseo de conocer más de cerca a su noble madre, y comenzó a aprovechar todas las ocasio-



D.ª Lucilia

nes que se le presentaban para estar con ella.

De trato muy respetuoso y afectivo, doña Lucilia era para él como el perfecto prototipo de madre, y, estar con ella o estar con el Dr. Plinio cuando hablaba de ella, le hacía sentirse también un poco hijo suyo.



Estas preciadas ocasiones de estar con ella le proporcionaron contenido de sobra para escribir más tarde el hermoso libro *Doña Lucilia*, la biografía de esta alma santa, cuyo trato fortaleció aún más la fe y el crecimiento espiritual de Mons. João, que supo desempeñar el auténtico papel de «hijo menor», durante los últimos años de su vida, antes de su fallecimiento en 1968.

Fueron tomadas por Mons. João unas magníficas fotografías de doña Lucilia con su chal color lila, conocidas ya por el público y apreciadas por





muchas personas debido a la calidad artística que poseen, pues retrata fielmente el estado de espíritu de esta respetable dama.

Las fotografías fueron hechas en el apartamento de doña Lucilia, el 18 de marzo de 1968. Su fisonomía tenía un aspecto tan saludable que nadie imaginaba que partiría poco después de aquel agradable día en el que posó tranquilamente para la sesión fotográfica realizada por Mons. João. Sin embargo, un mes después de estos hermosos momentos, que inmortalizaron la serena fisonomía de doña Lucilia, su estado de salud empeoró y voló a la patria celestial el 21 de abril, víspera de su cumpleaños.

12. El sueño de Plinio, la misión de Juan

A partir de 1975, la figura de Mons. João Clá fue adquiriendo cada vez más influencia gracias a su fidelidad y cercanía con el Dr. Plinio: se convirtió en mentor de miles de jóvenes de diversas nacionalidades, fortaleciéndolos en su fe y animándolos a emprender una vida de santidad.

Abrió numerosas casas de formación en diferentes países, en las que se compaginaba la vida de oración, estudio y ceremonial religioso con el apostolado misionero, siempre con una nota muy destacada de disciplina y combatividad, heredada del período de su servicio militar.

Habiendo asimilado del don de sabiduría tan característico de la espiritualidad del Dr. Plinio, Mons. João Clá se convirtió en un discípulo perfecto, capaz de llevar adelante la obra iniciada por su maestro, modelo, regente y guía.





Sus cualidades naturales y sobrenaturales, su excelente desempeño, audacia y fidelidad llevaron al Dr. Plinio a considerarlo como un hijo perfecto, llegando incluso, en distintas circunstancias, a calificarlo de «bastón de mi vejez», «auxiliar de oro», «instrumento bendito» e incluso *«alter ego — otro yo»*.

En una ocasión, el Dr. Plinio escribió: «Es de justicia que diga: nadie me ha dado tantas y tan grandes alegrías como usted».

Con el fallecimiento del Dr. Plinio, el 3 de octubre de 1995, Mons. João Clá enfrentó la ausencia física de esta figura fundamental en su vida, sin embargo, aumentó aún más la consonancia con sus ideales, comenzando a lograr todo lo que el Dr. Plinio había idealizado.

13. Entrega total a la Santísima Virgen

Cuando se le pide que hable de sí mismo, Mons. João se limita a describirse como un alma completamente conquistada por el amor de María Santísima, sin ningún mérito de su parte. Deja claro que no es capaz de describir con palabras humanas lo que, por acción de la gracia, vio y experimentó en sus relaciones con la Virgen a lo largo de su vida, mientras recorría los caminos por los que iba siendo conducido a los brazos de la más tierna y majestuosa de las madres, que le hizo oír, dentro



de sí los gemidos inefables del Espíritu Santo (cf. Rom 8, 26), que lo dejarían marcado para siempre.

Desde el primer encuentro con el Dr. Plinio, en la Iglesia del Carmen, en el lejano año de 1956, Mons. João Clá decidió seguir, en todo, las inspiraciones de la Virgen María, imitando su ejemplo santísimo de llevar siempre dentro de su corazón al Hijo de Dios.

Impulsado por el Dr. Plinio a leer el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, escrito por San Luis María Grignion de Montfort, y tomando como ejemplo la vida de su maestro, el joven João decidió entregar a la Madre de Dios su cuerpo y su alma, sus bienes interiores y exteriores e incluso el valor de sus buenas obras pasadas, presentes y futuras. Eligió para este gran momento la solemnidad de la Anunciación, fecha señalada en el *Tratado* como la fiesta propia de esta devoción.

En febrero de 1957 inició la preparación de cuatro semanas aconsejada por San Luis, y el día 25 de marzo hizo su consagración. Recuerda que la realizó en una de las casas de la obra del Dr. Plinio, en São Paulo.

Después de su consagración, se fue uniendo cada vez más a María, buscando comprender y desarrollar su voluntad, que es el reflejo



más cristalino de la voluntad de Dios. Vivió plenamente las recomendaciones del gran santo mariano, haciendo todo por María, con María, en María y para María.

Cumpliendo su altísima misión, siempre atento a la voz del Espíritu Santo, se dedicó diligentemente a los estudios filosóficos y teológicos, recibió el orden sacerdotal construyó hermosas iglesias y fundó tres instituciones de derecho pontificio: la Asociación Privada de Fieles Heraldos del Evangelio, la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli, y la Sociedad Femenina de Vida Apostólica Regina Virginum. Es considerado el padre espiritual de una extensa familia de almas compuesta por creyentes que viven de acuerdo con su carisma y lo toman como modelo, guía, pastor e insigne maestro.

14. Mater boni Consilii: la importancia de Genazzano en la vida de Mons. João

El amor filial a Nuestra Señora y el vínculo mismo de la sagrada esclavitud ya habían echado profundas raíces en el alma de Monseñor, sin embargo, en el transcurso de 1967, una nueva iniciativa de la gracia marcaría permanentemente su vida: el «encuentro» con la Madre del Buen Consejo.



En diciembre de ese año, el Dr. Plinio sufrió una grave crisis de diabetes, que culminó con una intervención quirúrgica urgente en el Hospital Sirio-Libanes de São Paulo. Unos meses antes de que aparecieran los síntomas de la enfermedad, llegó providencialmente a sus manos un



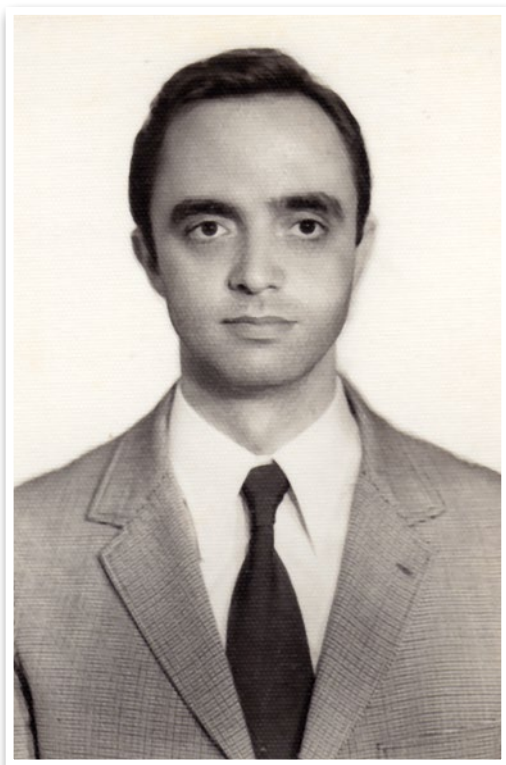
Estampa dada al Dr. Plinio

libro sobre la Madre del Buen Consejo escrito por Mons. George Francis Dillon, misionero irlandés que residió durante algún tiempo en el santuario de Genazzano, donde se encuentra el fresco.

Como declararía más tarde el propio Dr. Plinio, «sentía una suave y discreta alegría espiritual, incluso cuando el autor se exhibía exponiendo algunos asuntos relacionados sólo muy indirectamente con la materia de su —por cierto, excelente— libro».²

Tiempo después, el Dr. Plinio recibió una réplica de la pintura original, cuyas líneas armoniosas y colores firmes encantaron a ambos, conmoviendo especialmente a Monseñor.

La primera vez que Mons. João visitó el milagroso fresco fue en noviembre de 1978, durante una estancia en Roma. Cuando vio el cuadro sintió una gran alegría. Nuestra Señora lo recibió con un amor intensísimo y le arrebató su alma por en-



² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Prefacio. In: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Madre del Buen Consejo*. São Paulo: Lumen Sapientiæ, 2018, p. 18.

tero, confirmando los anhelos que llevaba en el corazón. Este primer contacto constituyó el marco inicial de una relación con la Madre del Buen Consejo, especialmente íntima y cariñosa, llena de confidencias y orientaciones sobre el camino a seguir en cada momento.

Los beneficios de este breve encuentro con Mater Boni Consilii fueron inmensos y le llevaron a hacer un propósito: en la medida en que sus obligaciones de apostolado se lo permitieran, no dejaría pasar mucho tiempo sin regresar a Genazzano, ya que no podría vivir lejos de aquel trato celestial con la Madre y el Niño en el bendito fresco. De hecho, en las décadas siguientes, la Santísima Virgen le daría la oportunidad de visitarla innumerables veces.

En sus prolongados coloquios con la Madre del Buen Consejo, Mons. João no recuerda una única ocasión en que, estando junto al fresco, no haya sido favorecido con alguna comunicación sensible. Sin que hubiese revelaciones o visiones, allí recibió orientaciones en diversas circunstancias de su vida y muchas indicaciones con relación al futuro.

Por mayores que fuesen las preocupaciones, angustias o incluso las pruebas que le asaltaran, bastaba entrar en el santuario, arrodillarse delante del prodigioso cuadro, y todo se le aclaraba y se ordenaba en su espíritu. Es como si Ella le susurrara: «No es necesario



**Fresco de la Madre del
Buen Consejo**

que me digas nada, hijo mío, pues en cuanto te vi, ya discerní todos tus deseos. Únicamente contempla mi fisonomía y, en un instante, entenderás todo lo que tengo que comunicarte». ¡En un encuentro, una mirada, está todo dicho, todo entendido!

A lo largo de cuatro décadas, fueron incontables los grandes y pequeños gestos de la Madre del Buen Consejo para atraer a Mons. João y hacerle comprender hasta qué punto Ella quiere establecer con los hombres un vínculo verdaderamente maternal, desbordante de misericordia, e infundirles la confianza inquebrantable de que está siempre dispuesta a perdonar todo, siempre que, arrepentidos de sus faltas, se acerquen a Ella como hijos, suplicando su intercesión.³

³ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima!...*, op. cit., vol. I., pp. 123-124.

15. Música celestial

Las expresiones artísticas, en general, siempre han estado presentes en la vida de Mons. João. Gran apasionado por la música sacra, ha sabido emplearla como un medio eficaz de evangelización.

Dueño de una voz naturalmente melodiosa, armoniosa y precisa, Monseñor nos obsequió con la interpretación de variadas composiciones, provenientes de diferentes partes del mundo, y con composiciones originales de autores muy valorados. Sin embargo, su papel principal fue el de director y formador de otros músicos.





Una de las actuaciones del Coro Internacional de los Heraldos del Evangelio

Con un profundo conocimiento del talento artístico de cada uno de sus hijos espirituales, Mons. João nunca dejó que perdieran sus talentos, incentivando a sus hijos e hijas a mejorar constantemente sus habilidades. Exigente con los detalles, siempre pensando en extraer la excelencia de cada músico, formó, preparó y lanzó al mundo una orquesta y un coro de renombre internacional, integrado por religiosos y religiosas, cuyas dotes musicales destacan donde quiera que se presenten.

Se trata de una legítima muestra de la música celestial en la tierra y no hay quien no quede encantado, durante las Misas, en las actuaciones o incluso con las grabaciones disponibles en Internet. Es admirable el equilibrio entre consonancia y disonancia de los instrumentos y melodías.

Inicialmente formada a mediados de los años 1990, la banda y el coro se llamaban Los

Caballeros del Nuevo Milenio y actuaban en diferentes partes de Brasil y del mundo. Posteriormente, el nombre sería reemplazado por Coro y Orquesta Internacional de los Heraldos del Evangelio. Cada fin de año, los músicos se destacan por la realización del magnífico Concierto de Navidad, un momento sublime, capaz de elevar los espíritus al Cielo.



16. La despedida del maestro y padre espiritual

En la vida siempre hay cosas que deseamos evitar, pero que son inevitables y no dependen de nosotros. La muerte es una de ellas.

2 de enero de 1995. Mons. João fue hospitalizado de urgencia, con embolia pulmonar y sospecha de cáncer en los pulmones. Nuevas pruebas, realizadas en febrero, indicaron que no se trataba de cáncer, sino de sarcoidosis, una enfermedad igualmente grave, que ataca a los órganos más importantes del cuerpo y puede provocar la muerte.

Al sufrir esta enfermedad, sintió la contingencia de tener que prepararse para una muerte próxima. Su mentor espiritual, el Dr. Plinio, acudió en su ayuda, tratando de infundirle esperanza:

En un camino tan excepcional cuanto el suyo, la confianza también debe tener reglas excepcionales, y



no puede guiarse por los padrones corrientes. [...] Lo que la Providencia quiere de su parte es una especie de récord de confianza.

En vista del preocupante cuadro clínico, Mons. João viajó a los Estados Unidos en busca de un tratamiento especializado. Un largo y doloroso recorrido le aguardaba, con agravamientos y complicaciones de todo tipo, haciéndole presentir que la hora de presentarse ante el Supremo Juez había llegado. Incluso en dos ocasiones llegó a recibir el Sacramento de la Unción de los Enfermos.

Recibió en su habitación el cuadro con la réplica de Mater Boni Consilii que había estado muchos años en la cabecera de la cama del Dr. Plinio. Fue rezando el Rosario delante del cuadro cuando volvió a sentir esperanza y paz interior. Incluso le pareció escuchar: «Confía. Todo acabará bien».





Mons. João en Genazzano

En junio, apenas recibido el informe comprobatorio que declaraba la completa ausencia de los males que le habían llevado a experimentar la proximidad de la muerte, partió de los Estados Unidos en dirección a Europa, con el objetivo de descansar y dirigirse a Genazzano a cumplir algunas promesas. Naturalmente, todavía se sentía bastante debilitado por todo lo sufrido durante los últimos seis meses. Sin embargo, a pesar de estar recuperado, siguió con-
viviendo con una fuerte sensación de muerte.

El 15 de agosto, mientras estaba en París, el Dr. Plinio lo llamó para felicitarle por su cumpleaños. Al oír el timbre de su voz, pronto discernió que la salud de su maestro estaba seriamente comprometida. Días después, ya de regreso a los Estados Unidos, recibió la noticia de que el Dr. Plinio había perdido trece kilos y que se sentía agotado, síntoma inequívoco de alguna enfermedad grave. Ante eso, decidió regresar inmediatamente a Brasil.

Pero antes pasó por Genazzano, como había planeado, y allí se encontró con un funeral. El hecho insólito, la homilía del sacerdote y una serie de pequeños detalles le hicieron sentir que la muerte se acercaba, pero que no sería él quien moriría. Sin embargo, el mensaje que recibió de Mater Boni Consilii fue de esperanza.

Al regresar a Brasil, el 1 de septiembre de 1995, encontró al Dr. Plinio en una



Mons. João junto al Dr. Plinio en el hospital en 1995



ambulancia, siendo trasladado al hospital, de donde no volvería a salir. Al enterarse de su presencia, el Dr. Plinio se expresó como de costumbre: «¡Oh, João, mi estimado João!».

El Dr. Plinio se fue y sólo Monseñor sabe exactamente el dolor que aquella separación significó para él. Pero el mismo padre espiritual, hasta sus últimos momentos, consolado por él, también le dio fuerzas para continuar. El Dr. Plinio había preparado el terreno y colocado las semillas. Correspondía a la lealtad incuestionable de su amado discípulo, incluso frente a oposiciones y contratiempos, hacerlas germinar.

El sueño tan deseado por el Dr. Plinio de obtener el reconocimiento canónico de su

obra y ponerla plenamente al servicio de la Iglesia sólo se haría realidad gracias a los esfuerzos de Monseñor. Y así fue. La Madre del Buen Consejo lo prometió y lo cumplió.

17. El preludio del triunfo del Inmaculado Corazón de María: la fundación de los Heraldos del Evangelio



Conviviendo con el Dr. Plinio y con el grupo de jóvenes guiados por él, Monseñor aprendió a meditar y profundizar en las apariciones de Fátima y los secretos dejados por la Virgen, teniendo como pilar de apoyo de su fe la gran revelación final he-

cha a los pastorcitos: «¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!». Era un propósito común de vida de esta institución católica esperar y contribuir al cumplimiento de esta profecía mariana.

Dentro de esta expectativa, un profundo deseo de perfección le llevó, en 1970, a ini-

ciar una experiencia de vida comunitaria, en una antigua propiedad benedictina, en São Paulo. De los primeros compañeros ninguno perseveró. Sin embargo, después de numerosas dificultades, la experiencia adquirió solidez, dando origen más tarde a los Heraldos del Evangelio. A partir de este enfoque original se fueron multiplicando las casas de vida comunitaria en las que sus miembros se dedican a la oración y al estudio como preparación para la acción evangelizadora.

Ante la necesidad de una formación intelectual, espiritual y doctrinal de los Heraldos del Evangelio, Mons. João fundó el Instituto Filosófico Aristotélico Tomista (IFAT) y el Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino, así como el Instituto Filosófico Teológico Santa Escolástica, para el sector femenino.

Jurídicamente, el movimiento formado por Mons. João Clá tomó la forma de una asocia-



ción privada de fieles, los Heraldos del Evangelio, en la diócesis de Campo Limpo (Brasil). Y como resultado de su implementación en otros veinte países, fue reconocida por el Pontificio Consejo para los Laicos, el 22 de febrero de 2001, como asociación internacional privada de fieles de derecho pontificio, siendo la primera institución en recibir la aprobación pontificia en el nuevo milenio.

Bajo la bendición de la Cátedra de Pedro, en poco tiempo la asociación se expandió a



Mons. João con el papa Juan Pablo II, con motivo de la aprobación de los Heraldos del Evangelio



decenas de países y comenzó a abarcar una realidad amplia y brillante, compuesta en su mayoría por jóvenes.

Algún tiempo después, organizó también la rama femenina de los Heraldos, en la cual concretó —de manera similar, pero separada de la rama masculina— el ideal de la vida comunitaria, como medio para alcanzar la santidad y prepararse mejor para la misión evangelizadora. De la rama femenina de los Heraldos nació más tarde la Sociedad de Vida Apostólica Regina Virginum, reconocida el 4 de abril de 2009 por el santo padre Benedicto XVI.

Todos los jóvenes, que viven en comunidades separadas, abrazan una vida de intensa espiritualidad, que incluye la participación diaria en la Santa Misa, la adoración del Santísimo Sacramento y el rezo del Rosario y de la Liturgia de las Horas.

Además de practicar los consejos evangélicos de pobreza, obediencia y castidad, observan un *ordo* o regla costumbres, cuidadosamente elaborado por Mons. João Clá, que



se puede resumir en esta frase de Jesucristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

Misiones marianas en parroquias, apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones», visitas a familias, cárceles y hospitales, envíos de contenido evangelizador por correo masivo para millones de personas, Proyecto Futuro y Vida en los colegios, TV Heraldos, Canal Heraldos en YouTube, Plataforma Reconquista de cursos de formación católica por internet, revista *Heraldos del Evangelio*, apostolado en las redes sociales y el Fondo de Ayuda Misericordia son algunas de las actividades desarrolladas por los Heraldos en los más variados ámbitos de la sociedad.



Bajo la orientación y el estímulo de Mons. João Clá también surgieron los colaboradores de los Heraldos del Evangelio, conocidos como «terciarios», abnegados voluntarios que dedican su tiempo disponible, en medio de sus obligaciones familiares o profesionales a la evangelización, según el carisma de la institución.

18. «Alter Christus»: la vocación sacerdotal

El deseo de una mayor entrega al Señor y a los hermanos llevó a Mons. João Clá a prepararse para el ministerio sacerdotal, junto a algunos de sus compañeros:

Quiero unirme más a Jesús, quiero ser un vehículo suyo para absolver a todos aquellos que encuentre en



Primera ordenación sacerdotal de los Heraldos del Evangelio



Mons. João el día de su ordenación sacerdotal

busca del perdón divino, quiero ser consumido como una hostia en su servicio en beneficio de mis hermanos y hermanas.⁴

«¿Cómo puedo estar cada vez más unido a Él, ser uno con Él, ser otro Él mismo, conocerlo y amarlo con fervor creciente y, así, servir con perfección a la Santa Iglesia y a la sociedad?». Ésta era la pregunta de Mons. João, siempre incansable en su entrega a Nuestro Señor Jesucristo.

Sacerdos alter Christus — el sacerdote es otro Cristo. Considerando toda la grandeza que existe en el Sacramento del Orden, Monseñor quiso hacerla presente en los Heraldos del Evangelio, siendo él mismo uno de los agraciados con este nuevo paso en el camino de la vida espiritual.

Así, el 15 de junio de 2005, con otros catorce Heraldos, Mons. João Clá fue ordenado sacerdo-

⁴ Carta, 25/4/2005.

te en la basílica de Nuestra Señora del Carmen, en São Paulo. El cardenal don Claudio Hummes honró la ceremonia con su presencia y concelebraron siete obispos y setenta sacerdotes.

Para dar forma a esta rama sacerdotal de su obra, Mons. João fundó la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli, que fue aprobada por su santidad el papa Benedicto XVI el 21 de abril de 2009 y cuenta ahora con más de ciento ochenta sacerdotes. Con la rama sacerdotal se amplió el abanico de actividades evangelizadoras de Mons. João.

Participando de su celo infatigable, los sacerdotes Heraldos se han propuesto ganar almas para Dios en todo el mundo: atienden a los enfermos en las casas y en los hospitales, confiesan en las parroquias, predicán y dan



catequesis, reintegran a las familias en la comunión con la Iglesia...

En 2008, el entonces padre João Clá fue nombrado por el papa Benedicto XVI canónico honorario de la basílica papal de Santa María la Mayor, en Roma, y protonotario apostólico, a raíz de lo que se le otorgó el título eclesiástico de monseñor.

19. Vida académica y condecoraciones

Su intenso deseo de dedicar la vida al apostolado, para lo que era necesario un amplio conocimiento doctrinal, le llevó a realizar estudios teológicos tomistas con grandes profesores en Salamanca (España). Entre ellos se encuentran los sacerdotes dominicos Victorino Rodríguez y Rodríguez, Antonio Royo Marín, Fernando Castaño, Este-



Defensa de su tesis doctoral en el Angelicum

ban Gómez, Arturo Alonso Lobo, Raimondo Spiazzi y Armando Bandera.

Se licenció en Filosofía y Teología en el Centro Universitario Ítalo-Brasileño, en São Paulo; es licenciado en Humanidades por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, de la República Dominicana; obtuvo la maestría en Psicología por la Universidad Católica de Bogotá (Colombia). Se doctoró en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia Santo Tomás de Aquino (Angelicum) y en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (Colombia).

El 15 de agosto de 2009, el santo padre Benedicto XVI, en reconocimiento a su labor en favor de la Santa Iglesia, confirió a Mons. João Clá, por manos del Emmo. Cardenal



Franc Rodé, entonces prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, la medalla *Pro Ecclesia et Pontifice*, uno de los más altos honores concedidos por el Papa a quienes se distinguen por su trabajo en favor de la Iglesia y del romano pontífice.

Mons. João Clá es también miembro de la Sociedad Internacional Santo Tomás de Aquino, de la Academia Marial de Aparecida y fue miembro de la Academia Pontificia de la Inmaculada.

En varios países fue condecorado por su actividad cultural y científica, recibiendo la Medalla de la Ciencias de México y el título de doctor *honoris causa*, otorgado por el Centro Universitario Ítalo-Brasileño de São Paulo.

El 19 de agosto de 2009 fue condecorado con la Medalla Anchieta, considerada el máximo honor de la capital paulista, otorgada a personalidades que se han ganado la admiración y el respeto del pueblo paulistano.



Recepción de la Medalla Anchieta



Ceremonia de entrega de la
Condecoración de Honor en 2023

El 23 de octubre de 2023 fue homenajeado por la Asamblea Legislativa de São Paulo, recibiendo la Condecoración de Honor al Mérito Legislativo, en una insólita ceremonia en la que los Heraldos del Evangelio entraron en aquel recinto judicial haciendo una solemne procesión, precedida por la entrada triunfante de la imagen de la Virgen de Fátima, a quien Monseñor siempre sirvió con tanto amor. Esta condecoración es el máximo honor conferido por la Asamblea Legislativa a personas que han contribuido al desarrollo social, cultural y económico del estado de São Paulo.

Todos estos homenajes son el reconocimiento a una vida de dedicación a María San-

tísima iniciada por aquel niño bendecido por Ella desde su infancia y que supo responder siempre con sus obras a este amor predilecto.

20. Producción literaria notable



La facilidad para expresarse, de palabra o por escrito, fue uno de los dones esenciales de Mons. João, quien a lo largo de su vida nos ha obsequiado con una vasta producción literaria de excelente calidad. Considerando lo precioso del tiempo pre-

sente, no es un autor que escribe cualquier cosa, sólo para decir que escribió, sino un autor consciente de las necesidades más profundas del ser humano; mide bien sus palabras y elige sus temas con madurez, produciendo obras sólidas, hermosas, con el propósito de acercar cada vez más las almas a Dios.

Desde hace varias décadas, Monseñor produce obras que han alcanzado gran divulgación, algunas de las cuales cuentan con más de dos millones de ejemplares. Sus obras han sido publicadas en portugués, español, inglés, italiano, francés, polaco y albanés.

Además de los libros, Mons. João es fundador y colaborador de la revista *Heraldos del Evangelio*, publicada en inglés, portugués, español e italiano, totalizando cerca de ochocientos mil ejemplares de tirada impresa, también disponible en línea.

Gracias a su estímulo, en octubre de 2007 se lanzó la revista académica *Lumen Veritatis*, de la que es colaborador, publicada por el Instituto Filosófico Aristotélico Tomista (IFAT), centro de formación en Filosofía, de los Heraldos del Evangelio.

Relación de libros de su autoría:

- Fátima, aurora del tercer milenio.
- El Rosario, la oración de la paz.
- Sagrado Corazón de Jesús, tesoro de bondad y amor.
- La Medalla Milagrosa, historia y promesas celestiales.
- Vía Crucis.
- Jacinta y Francisco, predilectos de María.
- Oraciones para el día a día.
- Madre del Buen Consejo.
- Doña Lucilia.

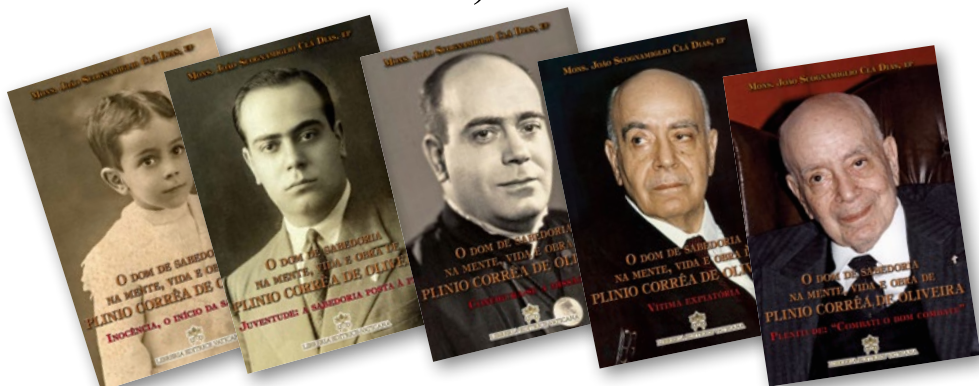


– Comentarios al Pequeño Oficio de la Inmaculada Concepción.

– María Santísima, el paraíso de Dios revelado a los hombres.

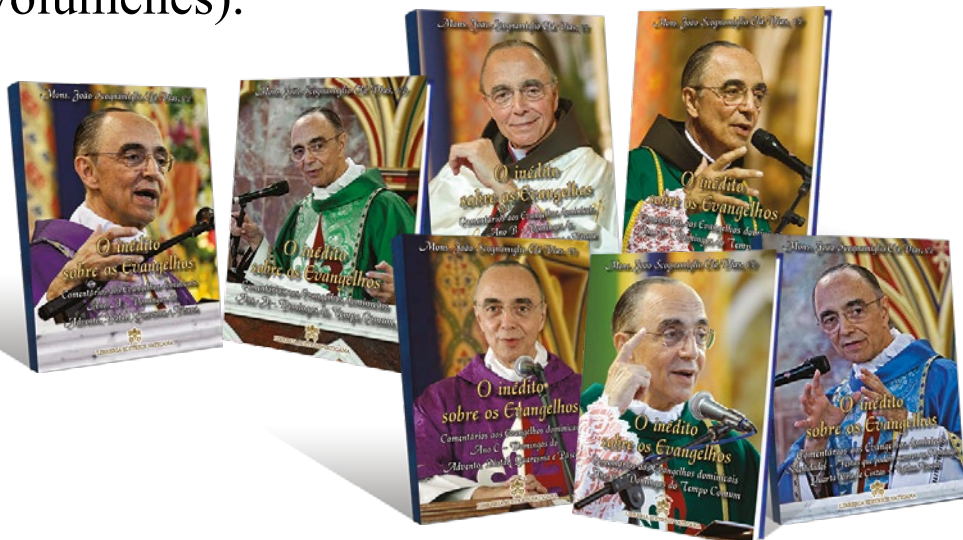
– San José, ¿quién lo conoce?

– La génesis y el desarrollo del Movimiento de los Heraldos del Evangelio y su reconocimiento canónico (tesis de doctorado en Derecho Canónico).



– El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira (tesis de doctorado en Teología, cinco volúmenes).

– Lo inédito sobre los Evangelios (siete volúmenes).





21. Fondo Misericordia: obras de piedad

Para ayudar a las obras de la Iglesia que pasan necesidad, Mons. João creó, en la Asociación Heraldos del Evangelio, en Brasil, el Fondo de Ayuda Misericordia, que recauda donaciones a través de envíos de correo masivo.

Siempre atentos a las necesidades de los hermanos menos afortunados, y en casos de





catástrofe, los Heraldos del Evangelio llegan donde hay necesidad, llevando recursos y ayudando a quienes más lo necesitan, con obras puntuales en caso de emergencias y obras permanentes, que atienden a miles de personas. Según las palabras de Mons. João «hay que llevar el Evangelio, pero también comida, ropa, medicinas y consuelo».

En lo referente a la atención espiritual, 670.000 familias son visitadas por los 22.600 oratorios de la Virgen de Fátima. Los sacerdotes Heraldos están siempre disponibles para escuchar confesiones y dar consejos, y en sus visitas a los más lejanos rincones promueven bautizos de niños, regularización de matrimonios por la Iglesia y confirmaciones, orientando a las personas atendidas a que acudan a su parroquia.

Además, el trabajo ininterrumpido de visitas a los enfermos en sus casas, clínicas y hospitales es también una de las señas de identidad de los Heraldos, que se complacen en llevar la Unción de los Enfermos, el Sacramento de la Reconciliación y la Eucaristía a los pacientes postrados en cama.

El Fondo Misericordia, que ejerce su acción de caridad constantemente, ha colaborado desde su creación con donaciones a 650 instituciones en 270 ciudades y 147 diócesis de Brasil.

22. «Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo» (Eclo 3, 1)

Desde un simple niño que aspira a encontrar verdaderamente a Dios, sintiéndose amado y agraciado por la Virgen María, pasando por el joven que busca un maestro espiritual, encontrándolo en Plinio

Corrêa de Oliveira, de cuyos anhelos y sueños se convirtió en el gran realizador, hasta llegar a la cima de su misión, construyendo magníficas iglesias, preparando





sacerdotes y laicos para recorrer el camino de la santidad, escribiendo libros y llevando el consuelo y la conversión a muchas almas por medio de sus inolvidables

sermones y homilías, Mons. João Clá vio la oportunidad de dar un paso más en su camino.

Aunque estuvo durante tantos años al frente de la orden que fundó, el poder nunca eclipsó su fe, pues él siempre decía que «el verdadero poder pertenece sólo a Dios». Sintiendo una profunda necesidad de unirse cada vez más a Nuestro Señor y a su amada Madre María Santísima, llegó el momento de tomar la que tal vez fue la decisión más difícil y también la más sublime de su vida.

Dándonos otra gran lección de humildad, Mons. João, a sus setenta y siete años, presentó su renuncia al cargo de superior general. Continuó como nuestro formador espiritual, pero dejando la parte administrativa a otros discípulos suyos, y explicaba que, para alcanzar la plenitud de su vocación y ser nuestro

intercesor, debería dejar con otro los deberes burocráticos inherentes al cargo de superior general.

Así se expresó, en una carta dirigida a sus hijos espirituales:

Al dejar ese cargo, no puedo —ni lo desearía— delante de Dios, renunciar a mi misión de padre. Hago a la Santísima Trinidad, por medio de mi Señora y Madre, la Virgen María, el firme propósito de continuar intercediendo ante Dios, con mis súplicas y oraciones, por mis hijos. Seguiré estando a disposición de todos y cada uno, porque sé que Dios me ha constituido modelo y guardián vivo de este carisma que el Espíritu Santo me ha confiado.

¡Si las criaturas supiéramos calcular el poder que tiene la oración de intercesión de un



hombre que ha dedicado toda su vida a Dios, sin reservarse nunca nada para él, que siempre huyó de la vanagloria y que todo lo hizo por amor a todos!

Así es Mons. João Scognamiglio Clá Dias, que dejó su cargo de superior general de los Heraldos, pero nunca dejará de ser nuestro padre y refugio, al cual nosotros, que formamos parte de esta gran familia de almas consagradas a Dios por las manos de María Santísima, le debemos todo.

23. La altísima misión de un fundador

Nadie en este mundo nace en vano. No hay nada en la creación que sea inútil. Cada ser humano fue creado con un propósito y debe dar gloria a Dios dentro de su estado y condición.

Hay quienes nacieron para casarse y tener hijos, poblando la tierra. Hay quienes nacieron para vivir el celibato y dar gloria a Dios con sus renunciaciones y vida de oración. Hay quienes nacieron para liderar naciones, para crear grandes empresas, para estar a la vanguardia de la ciencia, estudiar las enfermedades y encontrarles remedio.

Hay quienes nacieron para enseñar. Hay quienes nacieron para glorificar a Dios a través del arte. Los hay nacidos para liderar y

los hay que nacieron para ser liderados. Hay quienes nacieron para explorar continentes, fundar países, conducir ejércitos. Y hay quienes nacieron con la misión de ser fundadores. Podemos decir que esto comenzó con Abrahán, cuya historia se narra en el Antiguo Testamento.

En aquel tiempo, Dios dijo a Abrahán: «Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes... Así será tu descendencia» (Gén 15, 5). Más que el éxito según el mundo o la prosperidad material, el Altísimo le prometió como recompensa un pueblo elegido y bendecido, en



medio del cual Él mismo querría vivir y manifestarse. Con un solo hijo, Abrahán no vio con sus ojos carnales el pleno cumplimiento de la promesa. Sin embargo, cuando salió de Egipto, su descendencia contaba ya con más de seiscientos mil hombres (cf. Éx 12, 37).

Pero esto todavía era poco. De él no surgirían sólo doce tribus: como resultado del pacto con Dios, él también llegaría a ser, por la fe, el padre de una «muchedumbre de pueblos» (cf. Gén 17, 4). Esta promesa primitiva encuentra su culminación en Jesucristo, el «Primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), y en Él se extiende «hasta el confín de la tierra» (Hch 1, 8). Por tanto, es en la pertenencia a Cristo como realmente distinguimos que somos «descendencia de Abrahán y herederos según la promesa» (Gál 3, 29). Su paternidad no se refiere sólo, ni siquiera principalmente, a una filiación carnal, sino espiritual.

En las familias religiosas de la Iglesia, esta paternidad sobrenatural se ejerce a través de los fundadores. De hecho, «cada orden religiosa, cada instituto, encuentra en la persona de su fundador y en el carisma que éste ha recibido de Dios, su propio Sinaí».⁵ Él «es para el religioso como una representación de la imagen divina, un modelo que [...]

⁵ ALBA CERECEDA, José María. Un documento histórico del Papa. In: *Ave María*. Barcelona. N.º 486 (feb, 1985); p. 22.

reproduce a Cristo de manera adaptada a sus hijos». ⁶ El verdadero fundador es un auténtico padre, porque transmite la vida espiritual a sus discípulos.

Habiendo recibido su llamada siendo niño, Mons. João Clá supo ser fiel a ella. Si hubiera elegido la vida monástica y hubiera pasado todos sus años en clausura, simplemente orando e intercediendo por la salvación de las almas, habría cumplido muy bien su misión. Sin embargo, hizo mucho más que eso: convirtiéndose en un perfecto esclavo de Jesucristo por las manos de María, fue fiel a su misión, actuando como quien recibe de Dios diez talentos y los multiplica para el engrandecimiento y gloria del Señor.

Además del legado espiritual logrado a lo largo de su vida, Mons. João Clá también consolidó una estructura material capaz de soportar la construcción de un mundo nuevo. A cualquiera que conozca alguna de las obras erigidas por él le será imposible no quedarse maravillado ante tanta belleza y sacralidad.

Todas las grandes y hermosas construcciones de los Heraldos del Evangelio nacieron del deseo que tenía Mons. João de transformar la faz de la tierra y actuar sobre las almas, de acuerdo con el Evangelio, haciendo

⁶ GILMONT, Jean-François. Paternité et médiation du fondateur d'ordre. In: *Revue d'ascétique et de mystique*. Toulouse. Vol. XL. N.º 160 (1964); p. 416.

que, a través de la belleza, las mentalidades se vuelvan hacia lo alto, despertando oleadas de generosidad y altruismo que lleven a la verdadera conversión. Así justifica él este pensamiento:

Cuando nos llenamos de entusiasmo por la belleza, deseamos llevarla al



prójimo y, por eso, nos invade el deseo de dar gloria a Dios cooperando en la construcción de un mundo mejor, más bello y más acogedor, empezando por nuestra propia vida.

Como hombre providencial que es, elegido para iniciar un nuevo carisma en la Iglesia, cabe a Mons. João ser el padre de una multitud de hijos e hijas que hoy están esparcidos por toda la tierra, reflejando y continuando la misión evangelizadora de su fundador.

Y, si producimos algo bueno, bello y útil, es porque nuestro almacén moral, espiritual y material está edificado sobre dos columnas portentosas: Plinio Corrêa de Oliveira y João Clá Dias, maestro y discípulo, almas hermanas, nacidas para dar gloria a Dios a través de sus palabras y, sobre todo, de su ejemplo, con el enorme legado que dejan tras de sí.

¡Quedamos eternamente agradecidos por la transformación que Mons. João hizo en cada uno de nosotros y que hará en cuantas vidas se dejen tocar por su bondad, su rectitud y su amor paternal!



Quien sigue los caminos indicados por la Santísima Virgen, rezando el Santo Rosario y frecuentando los Sacramentos, crecerá siempre en la vida de la gracia y en el amor a la verdadera Iglesia.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

